



A partir de la revolución de mayo del 68 (foto superior), nacieron movimientos nuevos de cambio radical en las costumbres, la moral y la cultura burguesas. A esta lucha se añadieron más tarde las mujeres (foto contigua) en contra de un sistema social y cultural sexista.

## “DOCUMENTOS CONTRA LA NORMALIDAD”

(El panfletarismo, enfermedad infantil de los marginados radicales)

**EDUARDO HARO IBARS**

**L**A revolución de mayo del 68 fue excepcionalmente fecunda en experiencias y enfoques teóricos nuevos, en especial sobre la lucha revolucionaria dentro del marco de la vida cotidiana. Saliéndose de los esquemas clásicos, inspirados casi todos por un marxismo esquemático, los “nuevos revolucionarios” comenzaron a abrir una vía que, además de los cambios político-económicos, contemplase también la necesidad de un cambio radical en las costumbres, la moral y la cultura burguesas; atisbaron la necesidad de un cambio en profundidad —los radicales americanos, “yippies” y neoizquierdistas, llegaron a hablar de “mutación”— en todos aquellos terrenos donde la vida del hombre se hace miserable, insatisfactoria, invivible. La lucha de los grupos marginados por conseguir la libertad y el derecho a una vida más digna y más plena comenzaba. Primero fueron las minorías raciales, sobre todo en los Estados Unidos, donde la situación de negros, chicanos y otros grupos étnicos era y es intolerable; a esta lucha se añadieron más tarde las mujeres, que hicieron público su descontento con un sistema social y

cultural sexista, que las sometía y recluía en la función de transmisoras —como madres y educadoras— de unos valores culturales que iban, precisamente, en contra suya, de los seres humanos. Y, más adelante, se les unieron otros grupos: grupos que en muy pocas ocasiones habían usado la palabra: por ejemplo, los grupos de liberación homosexuales, o los psiquiatrizados, o los usuarios de drogas, o los grupos de ecologistas radicales. O, como ha sucedido en España, los presos sociales, cuya COPEL fue, en los primeros tiempos de su funcionamiento, iniciadora de un movimiento interesantísimo en favor de las libertades y derechos individuales. En principio, nada parece haber en común entre estos distintos grupos; nada, si no es que todos ellos encuentran la raíz de sus males en el mal funcionamiento de una sociedad verdaderamente enferma, que equipara los valores de “salud”, “buen funcionamiento” y “legalidad” a la conducta y valores de la “norma”, de la mayoría; valores falsos que, estudiados en profundidad, no son, la mayoría de las veces, más que mecanismos que sirven a los intereses de las clases o sectores en

el poder. También tienen en común la soledad y el desprecio de que les han hecho víctima los grupos y partidos de izquierda tradicionales en su mayor parte. Sólo el Partido Radical Italiano y algunos grupos libertarios se han hecho eco de la lucha de los marginados radicales, que hacen su camino solos o bien son condenados al triste papel de “compañeros de viaje”.

Los movimientos de liberación homosexuales no son nuevos, pero han cambiado. Ya no estamos en la época de la “Psicopatía sexual”, de Kraft-Ebbing, ni de las primeras obras de Havelock Ellis. Las intervenciones de August Bebel en el Reichstag, pidiendo la abolición de la ley alemana que condenaba la homosexualidad nos quedan muy lejos. Han pasado muchos años, y muchas cosas; entre ellas, la stalinización de la URSS: en este país, y después de la Revolución, la ley cambió, y las homosexualidad, el adulterio y demás delitos contra la moral burguesa quedaron permitidos, dejaron de considerarse asunto legal, hasta que Stalin cambió el panorama en 1934. Y las persecuciones de Hitler acabaron con los intentos que en Alemania se habían comenzado a

principios de siglo para estudiar el problema de la sexualidad marginal. Europa entró, con la guerra de España, primero, y la mundial después, en un período de confusa barbarie, de fascismo “caliente” primero, y “frío” hasta ahora, donde no resultaba muy factible el plantearse ataques radicales a la moral burguesa. Ni siquiera los surrealistas, verdadera voz de la rebeldía sin fronteras, que en los años 30 eran discípulos de Freud y de Trotsky, supieron o quisieron romper una lanza en favor de esta minoría marginada como lo hicieron, por pluma de Artaud, en favor de los psiquiatrizados.

A pesar de su importancia histórica y de lo radical que en su tiempo y en su contexto fueran los primeros movimientos homosexuales, las obras de Magnus Hirschfeld y el Comité Científico y Humanitario que éste fundase en Alemania contra la represión sexual (1) no tuvieron ni mucho

(1) Considero imprescindible para quien se interesa por la evolución de la lucha en favor de los derechos de los homosexuales en el mundo la lectura del libro de Lauritzen y Thorstad, “Los primeros movimientos en favor de los derechos homosexuales (1884-1935)”, que, acompañado de un prólogo de Juan Gil-Albert, editó Tusquets en 1977.

**El panfletarismo, la falta de claridad en la visión,  
es una enfermedad infantil de estos nuevos grupos revolucionarios,  
que se han aventurado por un camino  
hasta ahora muy poco trillado.**

menos el alcance revolucionario que representan en la actualidad los movimientos de liberación gay franceses —el Front Homosexuel d'Action Revolutionnaire, FHAR—, ingleses —el GLF, Gay Liberation Front—, italianos o españoles, que se plantean la acción revolucionaria como algo global que ha de ser contemplado y realizado en todos sus aspectos y que no ven posible la liberación de los homosexuales —y me estoy refiriendo a los grupos homosexuales como ejemplo circunstancial; ocurre lo mismo con todos los grupos portavoces de las minorías marginadas— si no es dentro de un cambio total y radical del sistema vigente. La lucha es hoy más amplia, se sabe revo-

lucionaria y se expresa como tal. Incluso, a veces, de una manera excesiva y gritona, panfletaria. Panfletarios son, por ejemplo, los "Documentos contra la normalidad" (2), que firma colectivamente el FHAR. Este grupo comenzó bajo los auspicios de la revolución de mayo, y tiene —en los mejores de sus textos— un

exultante sabor de "graffiti", de pintada salvaje o de texto situacionista. Los "Documentos..." datan, en su mayor parte, de los primeros años 70 y fueron publicados casi todos en "Tout", revista izquierdista que dirigía Jean-Paul Sartre. Recogen cartas de adhesión, convocatorias a manifestaciones, textos vagamente teóricos, testimonios... La primera lectura deja una impresión de entusiasmo: entusiasmo, ante todo, de quienes escriben; se nota que descubren la posibilidad de hablar en libertad, de contar lo que tiene que contar; que se sienten embarcados por primera vez en una empresa revolucionaria que es suya. Tal en-

realidades, casi banales, en cuanto a pensamiento. No hay un planteamiento serio de la situación de los homosexuales en el mundo, ni en Francia, desde los puntos de vista legal o médico: la contestación —que podría ser muy interesante, importantísima incluso— a los aparatos de represión psiquiátricos de que son víctimas, entre otros, los homosexuales, se queda en una rabia infantil ante los psicoanalistas, en vez de ser una crítica seria de sus funciones. Existen demasiadas declaraciones de "orgullo gay" —y resulta difícilísimo ser orgulloso cuando se está perseguido— llevado a extremos de exceso, hasta el punto de re-

teoría— llevó a cabo actuaciones concretas de largo alcance, que le hubiera provisto de un material experimental a través del cual desarrollar una teoría. Resulta curioso que en España, después de la muerte de Franco, los grupos de liberación homosexual estuviesen bastante más y mejor articulados, y que estos grupos —aun siendo todavía muy minoritarios— continúan funcionando aquí, desde una visión más clara de las cosas (3). Los homosexuales conscientes españoles no se han limitado, como dicen hacer sus compañeros franceses, a "vivir su homosexualidad de una forma consciente". Han tenido que sufrir una doble marginación: como disidentes morales, por su homosexualidad, y como disidentes políticos, por su actuación o por sus simpatías ideológicas. Y es muy posible que esta doble dificultad les haya permitido ser más conscientes de que el problema de las minorías sólo puede ser entendido en un contexto más amplio y más complejo.

El panfletarismo, la falta de claridad en la visión, es una enfermedad infantil de estos nuevos grupos revolucionarios, que se han aventurado por un camino hasta ahora muy poco trillado. El mismo problema han tenido las feministas; "Ensalada loca", de Nora Ephron, tiene algunos artículos donde se critica el excesivo dogmatismo —postura hija también del panfletismo y de la falta de claridad ideológica— de algunas feministas, que llegan incluso a ser caricaturas de sí mismas. No es un problema grave, es un problema de tiempo: es difícil y largo crear una conciencia colectiva; sobre todo para aquellos que nunca han podido siquiera permitirse el reflexionar de una forma sensata y serena sobre su condición, y que ahora, aunque sea en balbuceos infantiles, empiezan a tomar la palabra. ■

(3) Para conocer los escritos de los grupos de liberación homosexual españoles, conviene leer "El homosexual ante la sociedad enferma", libro colectivo con material compilado por Juan Ramón Enrique, editado en Tusquets, serie "Los Libertarios", en 1978, y "Grupos marginados y peligrosidad social", textos recopilados y editados por Javier López Linage, en Campo Abierto, Madrid, 1977.

lucionaria y se expresa como tal. Incluso, a veces, de una manera excesiva y gritona, panfletaria.

Panfletarios son, por ejemplo, los "Documentos contra la normalidad" (2), que firma colectivamente el FHAR. Este grupo comenzó bajo los auspicios de la revolución de mayo, y tiene —en los mejores de sus textos— un

(2) Antoni Bosch, editor. Barcelona, 1979.

entusiasmo es contagioso y se contagia al lector por poco que éste sea sensible a tales cosas. Pero luego, una meditación sobre los textos, una lectura más serena, desvela sus defectos. El primero y más grave de todos es la falta total de un aparato teórico: el impulso revolucionario se queda en pura y simple rebeldía, por falta precisamente de este pensamiento. Todo se queda en gene-

chazar como antirrevolucionario el comportamiento heterosexual; y demasiadas pocas propuestas de acción destinada al cambio de la situación de los homosexuales. Si la teoría del FHAR se limita a lo que aquí vemos expuesto, es comprensible que el grupo se haya disuelto: no tenía base teórica para continuar su existencia ni tampoco —como algunos grupos anarquistas, faltos también

